

El Bto. Hernando de San José Ayala, mártir en el Japón. Cuarto Centenario de su muerte y Sesquicentenario de Beatificación

RESUMEN

Con la entrada en el siglo XVII de las Instituciones Religiosas —Jesuitas, Dominicos, Franciscanos y Agustinos— dieron inicio a su misión evangelizadora en el Japón. De los pacíficos primeros diez años se pasó a una sangrienta persecución que acabó con las vidas de casi todos los misioneros. El primer mártir de los Agustinos fue fray Hernando de san José Ayala, cuyo Cuarto Centenario de Muerte se ha cumplido el día 1 de junio del presente año. Nos hemos acercado a él para saber quién fue y qué hizo en su misión evangelizadora en Japón. Este Centenario coincide con el Sesquicentenario de su Beatificación.

ABSTRACT

In the seventeenth century some of the main religious orders —Jesuits, Dominicans, Franciscans and Augustinians— started the evangelization of Japan. After the first ten years of peace it started a period of bloody prosecution, which ended with the martyrdom of many missionaries. We celebrate this year, the first of June, the fourth hundred centenary of the death of Father Hernando de San José Ayala. We try to present his life and his mission in Japan. This Centenary is concurring with the Sesquicentenary of his Beatification.

Efectivamente, en el presente año se cumplen los 400 del martirio del religioso agustino fray Hernando de san José Ayala en Japón, así como también del Sesquicentenario de su Beatificación en Roma. La doble efemérides, sin duda alguna, merece un cálido recuerdo en *nuestra Revista*, recuerdo este que va más allá de una breve semblanza de la vida y del heroico

martirio de nuestro misionero. Con estas páginas *La Ciudad de Dios* quiere hacerse eco del doble acontecimiento, sumándose también a los actos que tendrán lugar en Ballesteros, su pueblo natal, y a los actos que se celebren en cualquier otra comunidad de la Orden de san Agustín, de la que él fue hijo.

Expresamos ya nuestro deseo de que el recuerdo y la celebración de la doble efemérides sirvan también para reavivar, por parte de nuestros Postuladores, los Procesos de Canonización del Bto. Hernando de san José y de los restantes Mártires Agustinos del Japón que, junto con él, fueron beatificados el día 7 de julio de 1867. Actualizar el recuerdo de aquellos valientes testigos de la Fe, hace cuatro siglos, ha de contribuir no sólo a suscitar entusiasmos misioneros, sino también a revitalizar esperanzas en cuantos nos consideramos hermanos suyos, como hijos del mismo Padre, san Agustín.

Y ahora un mensaje-deseo que brota espontáneo a la hora traer a la memoria la figura de nuestro Protomártir en el Japón, fray Hernando de san José: ¡Que el recuerdo de su martirio nos lleve a no olvidarnos de tantos cristianos que hoy, como ayer, continúan sufriendo cruenta muerte en tantos lugares del mundo sólo por ser cristianos!

* * *

BALLESTEROS – MARCHENA – MONTILLA – ALCALÁ DE HENARES

Nació Hernando de Ayala Fernández en Ballesteros (Ciudad Real), a finales de octubre de 1575, siendo bautizado en la iglesia parroquial de Santa María de la Consolación el día 1 de noviembre del mismo año. No sabemos la fecha exacta de su nacimiento, aunque sí la de su bautismo; ello se debe a que del primero no existe el documento alguno, ya que generalmente no había registro oficial, mientras que del segundo se conserva la partida de bautismo; y en ésta figuraba la citada fecha. Precisamente este dato ha llevado a los biógrafos a dar, casi como seguro, que el nacimiento de Hernando habría tenido lugar a finales de octubre de citado año, puesto que en aquellos tiempos se acostumbraba a administrar el bautismo pocos días después del nacimiento. Fueron sus padres Hernando de Ayala y María Fernández, ambos de sangre noble.

El pueblo de Ballesteros —«Villa» la llaman las *Relaciones de Felipe II*— se encuentra enclavado en el *Campo de Calatrava*, amplia comarca de la provincia de Ciudad Real, en la que desarrolló su actividad la llamada Orden de Calatrava, Institución religioso-militar, a cuyos miembros el rey Sancho III de Castilla les encargó la defensa de aquellas tierras de los ataques de los almohades. El Campo de Calatrava está limitado al norte y noroeste por la estribaciones meridionales de los montes de Toledo, al sur por los valles de Alcudía y Ojailén y al noreste y levante por La Mancha y el Campo de Montiel. En cuanto al número de los vecinos y habitantes, el Diccionario de Miñano, en el último tercio de siglo XVI, le asignaba 109 vecinos y 425 habitantes, mientras que en la estadística correspondiente al pasado año 2016 figuran 387 habitantes.

En Ballesteros pasó el niño Hernando los primeros años de su niñez al abrigo del cariño de sus padres, siempre atentos a su educación, sobre todo en el aspecto moral y religioso; es lo que sugieren cuantos escribieron sobre nuestro mártir al hacer referencia a esos años. Tampoco sabemos cuántos fueron esos años; únicamente nos dicen que muy pronto quedó huérfano de padre y madre, haciéndose cargo de él un tío suyo que era sacerdote. En Marchena (Sevilla) ejercía de capellán de los Duques de Arcos y maestro educador de sus hijos y allá se lo llevó, no sin antes contar con el beneplácito de los Duques para vivir y continuar su educación en su Casa-palacio junto sus hijos. Precisamente la educación y el ambiente ejemplar que allí se vivía iban a despertar en el joven la vocación a la vida religiosa.

Sin duda ya conocía la existencia de un convento de Agustinos en Montilla (Córdoba) y, viendo que en él podría realizar su vocación, con motivo de visitar a unos parientes suyos que vivían en aquella ciudad, decidió hablar con el Superior de la Comunidad y solicitar su ingreso en el convento. La rapidez con que sucedió todo hace suponer que el Prior fray Pedro Ramírez y la comunidad ya debían de tener informes sobre el joven para decirle ya que lo admitían con todo placer. Vuelto, pues, a Marchena y despidiéndose de cuantos habían colaborado en su formación humano-cristiana, ingresó en el citado convento de Montilla, tomando el hábito el 18 de mayo de 1593. Cumplido el año de noviciado, bajo la guía del maestro de novicios fray Fernando de Ávila, hizo su profesión religiosa en manos del Sub-prior del Convento, fray Baltasar de Aguilar, el día 19 de mayo de 1594.

El Superior Provincial de la Provincia de Andalucía, conoedor de la capacidad del joven fray Hernando para los estudios, lo envió a estudiar Artes y Teología en la Universidad de Alcalá de Henares, aprovechando el privilegio otorgado por la Provincia de Castilla para admitir dos estudiantes de la Provincia andaluza en el Convento de san Agustín de la citada ciudad. Sabemos que «salió muy aventajado en dichos estudios» y que estaba muy capacitado para el cultivo de la ciencia teológica y para dedicarse a la docencia en las aulas universitarias, pero había en fray Hernando otras inquietudes y deseos que aumentaron, cuando procedente de las Islas Filipinas, había llegado a España el Mtro. Fray Lorenzo de León con el encargo de llevar a algunos religiosos para trabajar en aquellos campos de Oriente. Fray Hernando de san José (apellido que había añadido al suyo en su Profesión por la devoción que profesaba a santa Teresa de Jesús, la gran devota del Santo Patriarca) fue el primero en ofrecerse.

Por cierto que los biógrafos de nuestro ya entusiasmado misionero nada nos dicen sobre su ordenación sacerdotal que ciertamente había recibido, años antes años de partir para las Islas. Es ésta una de las lagunas en la cronología del Beato, que también aparecen con frecuencia en las vidas de personajes importantes, con las prisas que se tienen para contarnos otras cosas que podían llamar más la atención; sin embargo, en este caso se echa muy en falta una referencia concreta a la ordenación sacerdotal, por lo mucho que significó para él la celebración de la Eucaristía. Nos conformamos ahora con saber que fray Lorenzo de León había conseguido alistar, además de a fray Hernando, a varios otros religiosos, ordenados también, como él, y que todos ellos, junto con el promotor, partieron rumbo a Méjico en 1603.

MÉJICO – FILIPINAS – JAPÓN (BUNGO – NAGASAKI – OSAKA)

Llegados a Méjico, los que iban destinados a las Islas Filipinas tenían oportunidad de iniciar ya su misión, puesto que les encargaban la predicación y otras tareas apostólicas no sólo en la Capital sino en otros lugares donde trabajaban sus cohermanos agustinos. Aquella estancia en la capital mejicana podía prolongarse varios meses en los que se llevaba a cabo la preparación del largo viaje que les esperaba. Los biógrafos de fray Hernando coinciden en ponderar sus sermones. A este respec-

to, cita el P. José Sicardo un escrito del P. Fr. Juan González de la Puente que dice así:

«Porque conocí y traté a este santo mártir en Méjico, cuando él vino de Castilla, que fue el año 1603, siendo yo colegial en el insigne colegio de San Pablo de aquella ciudad... Y contaré lo que me dixo, oyendo vn sermón en la catedral el Sr. Arçobispo D. Fray Diego de Contreras, día de Todos los Santos, porque nos sentamos juntos a oírle... y acabado el sermón le dixé ¿qué le había parecido? Y me respondió estas palabras: *el sermón ha sido muy conforme a lo que quiere el Espíritu Santo de los Predicadores; porque ha predicado al provcho, y todos havían de hazer así*»¹.

Llegado finalmente el día de partir rumbo a las Islas Filipinas, fray Hernando y seis compañeros más se hicieron a la mar para, siguiendo las rutas descubiertas por el agustino Andrés de Urdaneta, llegar a Manila en el mes de marzo de 1604. Fray Hernando permanecería en esta ciudad poco más de un año con la finalidad —se nos dice— de que «su exemplo y doctrina aprovechase a los Ciudadanos de aquella corte». Su ida al Japón iba a tener lugar en 1605, cuando en el Capítulo celebrado en Manila el 30 de abril del mismo año el P. Fr. Estasio Ortiz fue nombrado prior del convento del Bungo y se le asignó como compañero y Coadjutor a fray Hernando de san José. Con la ida al Japón estaban más que colmados sus deseos de ir a Filipinas para convertir paganos a la fe cristiana, ya que su trabajo en Manila hasta entonces había consistido, más bien, en atender a los ya convertidos; por eso mismo, recibió con inmenso gozo el nombramiento².

El deseo de comenzar cuanto antes su misión le llevó a poner todo su esfuerzo y entusiasmo en aprender la lengua japonesa; inteligente y capaz como era, no tardó en adquirir conocimientos suficientes para iniciar el trabajo en la misma ciudad del Bungo y en el cercano puerto de Firando. Al tiempo que continuaba su estudio de la lengua, se ocupaba de la instrucción y preparación para la recepción del bautismo, la administración del mismo y la sencilla predicación sobre las principales verdades cristianas. Con el tiempo su actividad misionera llegó a las poblaciones de Tayki y Angata, donde consiguió numerosas conversiones. En esta última ciudad encontró un

1 J. Sicardo, *Christiandad del Japón*, Madrid 1698, p. 233-234.

2 Cf. Id., *op. cit.*, p. 134-135.

apoyo inesperado en el Tono (Gobernador), ya que no sólo le mostró su aprecio sino que le permitió erigir una iglesia, que fray Hernando dedicó a san Nicolás de Tolentino. Ponderan nuestros cronistas el hecho de que en una ciudad en la que había muy pocos cristianos, cuando él comenzó su labor, en menos de dos años su número ascendió a más de dos mil.

Viendo, pues, que el número de fieles iba en aumento y que, efectivamente —«la mies era abundante y los obreros pocos»—, decidió fray Hernando en 1607 viajar a Manila en busca de nuevos misioneros agustinos. Y con los que le dieron regresó inmediatamente al Japón, pero es que, además, los Superiores le habían dado un nuevo cargo: el de Vicario Provincial de los Religiosos Agustinos de la Provincia de Filipinas que trabajaban en el Imperio del Sol Naciente. No hace falta añadir que lo que para él significaba la obediencia le llevó a aceptar dicho nombramiento, como una clara manifestación de la voluntad de Dios³.

Durante los cinco años siguientes nuestros misioneros, al igual que los de las otras Órdenes religiosas pudieron trabajar pacíficamente, como lo habían hecho siempre, pero esta situación comenzaría a cambiar a partir del año 1612, con la subida al poder del nuevo emperador Dayfusama, quien daría inicio a una persecución no sólo contra los misioneros sino también contra todos los cristianos. Los motivos principales de la persecución eran éstos: por una parte, los bonzos miraban con cara de pocos amigos la conversión de sus seguidores en fervorosos cristianos; por otra, los comerciantes ingleses y holandeses que tenían sus negocios por aquellas tierras, empujados por su visceral enemistad contra España, le hicieron llegar a Emperador informes en los que le advertían de que los misioneros católicos habían sido enviados para preparar la invasión de su Imperio por los soldados españoles.

Y, sin embargo, por ese mismo tiempo y a pesar de la persecución, fray Hernando de san José, atraído por el gran ambiente misionero que se vivía en Nagasaki, gracias al trabajo desarrollado por los Franciscanos, Dominicos y Jesuitas, viendo que aún había lugar para otros obreros en la viña del Señor, tomó la decisión de hacer una fundación en aquella ciudad; y «con limosnas de los mismos Cristianos fundó Convento

3 Cf. Id., *op. cit.*, p. 135-136.

y fabricó Iglesia con la advocación de San Agustín, siendo él su primer Prior, nombrado en la Congregación Intermedia que se celebró en el Convento de Nuestra Señora de Guadalupe de la Provincia de Filipinas por mayo de 1613»⁴.

El buen entendimiento y amistad que había entre el religioso dominico Alonso Navarrete, el franciscano Apolinar Franco y nuestro fray Hernando de san José, Vicarios Provinciales, los tres, de sus respectivas comunidades religiosas en el Japón, lo muestra la colaboración conjunta en la fundación de la Cofradía de la Caridad en la ciudad de Nagasaki, «para exercitarla con los pobres enfermos, dándoles lo necesario para su sustento y para administrar con decencia los Santos Sacramentos a los católicos, siendo no menos la piedad en que se exercitaban los de este Santo Instituto de recoger niños que arrojaban en las calles»⁵.

Y en Nagasaki se encontraba Fray Hernando cuando el Emperador emanó en 1614 la orden, que obligaba a los Gobernadores de todas las ciudades a prender a los misioneros católicos y llevarlos a Nagasaki, para, desde allí, devolverlos a Filipinas o a la colonia portuguesa de Macao, según su procedencia. Sin embargo, ni la muerte más atroz con que amenazaban a quienes osasen quedarse fue suficiente para que algunos no se arriesgasen a esconderse con el fin de continuar atendiendo a los fieles cristianos.

Por otra parte, en casi todos los lugares en que se encontraban los misioneros se habían confeccionado unas listas con sus nombres, de modo que fue fácil prenderlos para trasladarlos a Nagasaki. No obstante, en las confeccionadas en esta ciudad faltaban no pocos nombres. Y por tanto, fácilmente podrían ocultarse, aunque sabían el grave peligro que corrían; de hecho, fueron varios los que decidieron quedarse en Japón. Entre ellos estaban los Padres Hernando de san José y el dominico Alonso Navarrete, a quienes vamos a ver más estrechamente unidos a partir de ese momento hasta su misma muerte. Poder continuar con su apostolado misionero fue motivo suficiente para ambos.

Todos los Religiosos pertenecientes a las cuatro Órdenes —Franciscanos, Dominicos, Agustinos y Jesuitas— que misio-

4 Id., *op. cit.*, p. 137.

5 J. Sicardo, *op. cit.*, p. 139.

naban en distintas ciudades y figuraban en las listas fueron hechos prisioneros fueron llevados a Nagasaki y junto con los que habían cogido en esta ciudad los obligaron a subir a los barcos que los llevarían a las Islas Filipinas o a Macao. Entre los Agustinos expulsados sabemos que estaban fray Bartolomé Gutiérrez y fray Silvestre Torres que vivían en el convento de Usuki; éstos embarcaron con los que iban destinados a Filipinas. Por cierto que el P. fray Bartolomé Gutiérrez volvería al Japón en 1618 y también iba a morir mártir en Japón el día 3 de septiembre de 1632.

Por lo que se refiere al P. Hernando de san José, sabemos que en la noche del día 21 de octubre de 1614 se ocultó de tal manera en la misma ciudad de Nagasaki que pudo continuar su trabajo clandestinamente durante los tres años siguientes. Incluso en 1515, pensando que sería útil su presencia para la comunidad cristiana de Osaka, carente de sacerdotes, allá se dirigió; precisamente, en esta ciudad tendría inicio su odisea. Ocupado en la enseñanza y en la atención espiritual de los fieles, le sorprendió el ataque a la ciudad, llevado a cabo por las tropas del Emperador con el fin de castigar a Fideyori, que se había sublevado y aspiraba a destronarlo. Entre los defensores de la ciudad de Osaka había numerosos cristianos, por lo que, una vez tomada, los vencedores se vengaron, asesinándolos en masa. Allí quedaba también el P. Hernando, dado por muerto entre los numerosos cadáveres y despojado de casi toda su ropa.

Vuelto en sí de lo que había sido sólo un desmayo, fue a esconderse entre unas espadañas que había a orillas de un arroyo cercano. Pasado algún tiempo y viendo que no había nadie por aquel paraje, decidió marchar cuanto antes de allí, viniendo a encontrarse, poco después, con un ciego, al que guió a una casa deshabitada en la que él pudo descansar, después de todo lo que había pasado; pero viendo el peligro que podía correr por aquellos lugares, decidió pasar a la ciudad de Usuki, para desde allí regresar a Nagasaki, donde sería más fácil continuar pasando inadvertido, como así sucedió; ello le permitió continuar desarrollando una fecunda actividad pastoral entre los numerosos fieles, casi todos conocidos suyos.

Fray Alonso de Mena, mártir también más tarde, escribiendo sobre su hermano de Orden, fray Alonso Navarrete, nos habla de nuestro fray Hernando en estos términos:

«El santo P. Fr. Fernando de san Joseph, del orden de S. Agustín avía tres años que estava en nuestra compañía, y en particular siempre con nuestro P. Provincial Fray Alonso Navarrete. Era aqueste santo Padre verdaderamente *dilectus Deo et hominibus*, alegre, amoroso, que solamente en verlo quitava toda melancolía. Avía trabajado muchos años en esta Christianidad, y en particular en el país del Bungo, donde avía trabajado mucho tiempo y aviendo quedado solo, porque quando fueron desterrados los otros Religiosos, él solo de su Orden quedó escondido; y estuvo siempre con el P. Fr. Alonso Navarrete, hasta que juntos murieron por la Fe de nuestro Señor, los que habían estado juntos tanto tiempo. Y porque los otros Religiosos de nuestro Padre Santo Domingo ordinariamente iban a casa de nuestro Santo Padre Vicario Provincial para tratar de lo que convenía hazer, casi siempre asistía en ella el Santo Fray Hernando, como Hermano nuestro, aunque él tenía su casa inmediata y ordinariamente los dos Santos andavan juntos o pocas vezes se apartavan, teniéndole todos nosotros por nuestro Hermano»⁶.

Aquel vivir, más que «juntos», unidos, antes de la persecución y acentuado al iniciarse ésta, tenía como origen aquel pasaje inicial de la Regla de san Agustín, común a ambas Órdenes, en el que el Santo obispo de Hipona afirma que el fin primero por el que se entra en el convento es para hacer que todos los miembros formen «un alma sola y un solo corazón *in Deum*». Tal era la unión existente ambos, subrayada con gozo por cuantos escribieron sobre lo que hicieron fray Alonso y fray Hernando, sobre todo, durante los dos años escasos que precedieron a su martirio. En aquella clandestinidad en que uno y otro eran obligados a vivir, sus actividades llevaban la marca de la entrega heroica en el servicio de aquellas fervorosas comunidades cristianas.

Todos aquellos actos heroicos culminaron en la decisión, por parte de nuestros dos religiosos, de ir a la ciudad de Omura, donde se había levantado una violenta persecución no sólo contra los misioneros que habían quedado sino también contra todos los cristianos. Les había llegado la noticia de que en aquella ciudad habían sido asesinados los Padres Pedro de la Asunción, franciscano, y Juan Bautista Távora, jesuita, y de que también había numerosas víctimas entre los cristianos, mientras que otros se habían fortalecido en su fe a pesar de los su-

6 Citado por J. Sicardo, *Christianidad del Japón*, p. 140

frimientos y de que algunos que habían renunciado a ella se habían arrepentido y querían reconciliarse. En todo ello veían la necesidad de ir a Omura. Un detalle importante: acostumbrado fray Hernando a actuar siempre bajo obediencia y no habiendo nadie que se lo pudiese mandar, se le ocurrió sugerir a su compañero que aceptase ser su Superior y él le obedecería en lo que le mandase. Nos lo cuenta así el dominico fray Melchor Mançano:

«Al principio no se determinaua el P. F. Hernando, que como verdaderamente humilde, no se atreúa a cosa tan grandiosa, pero al fin el mismo día se puso en la manos del B.P.F. Alonso Navarrete, diciendo que aunque auía considerado esta yda y hallaua muchas y buenas razones para yr a ayudar a los Christianos, que estauan con el nueuo martyrio conmouidos, pero que en cosa tan graue no se atreúa a determinar por su parecer. Si tuviera prelado, dezía, por él me rigiera; pero pues no le tengo, no me queda otro remedio sino ponerme, como me pongo en manos de V. R., a quien (pues es mi confesor) doy en nombre de Dios la obediencia y obedeceré como a propio prelado, así en el yr, o quedarme, como en todo lo demás que en orden a este viage, y mientras él durare, se ofreciere».

«Bien experimentado tenía el santo Alonso —acaba diciendo— la gran virtud de su santo Compañero; pero con todo esso quiso primero boluelo a tratar con Dios aquel día y el siguiente (que era del Corpus Christi) en la Missa, de la qual, como dicen los que le vieron, salió con particular fervor y espíritu ..., y yéndole assí a su santo Compañero, le mandó en virtud de santa obediencia que fuesse. Lo qual el Santo Fray Hernando aceptó alegremente y desde luego se empezó a disponer para el viage»⁷.

La noche-víspera de la Fiesta del Corpus la habían pasado los dos en oración; mucho antes del amanecer celebraron la Eucaristía, en que habían tratado el citado asunto con el Señor, confiando salir todavía de noche, para poder llegar a la casa de un fervoroso cristiano llamado Pablo que, por cierto, también moriría mártir más tarde. Antes de partir fray Hernando dejó escrita una carta en la que explica con detalle los motivos que le movían a llevar a cabo aquel viaje a Omura. En mis manos obra copia del original de esta carta que, respetando su grafía, dice así:

⁷ M. Mançano, *Relación del martirio que padecieron 17 Religiosos del Orden de S. Domingo*, Madrid 1629, fol. 6.

«Abiendo en Vomura martyrizado al P. Fr. Pe. de la Asunción, de la orden de s. Franc^o; y al P. Juan Bapt^a Távara de la Comp^a de Jhs, a los 22 de Mayo de 1617, estando tratando con el P. fr. Alo. Navarrete, Vic^o Prov. de la orden de S. Domingo, sobre si sería bien yr a ayudar los xristianos de Vomura en esta ocasión que con el nuevo martyrio estaban commovidos y dando y tornando sobre el caso por término de dos días, oy, día del Corpus Xristi, el P. fr. Alo. dixo después de encomendado a Ntro. Sr. Y vistas algunas razones que se le ofrecían, era de parecer que fuésemos a Vomura. Yo, después de algunas razones que hallo al propósito, la principal pa. hazer este viaje es que ayer quando lo tratábamos, dixé al dicho Pe. qe por quanto yo no tenía aquí prelado, por quien poderme gobernar, pues él era mi confesor yo le dava en nombre de Ntro. Sr. la obediencia pa. este caso, y así que, como a mi propio prelado, le obedecería en yr o quedarme y aviéndomelo oy mandado en virtud de sta. obediencia en yr o quedarme, voy con el favor de N. Sr. a lo que su divina Mag. quisiere disponer de mí y por si o me prendieren o mataren dexo esta Memoria y suplico a los Padres a quien queda se sirvan de cumplirla.

Lo primero y lo que más atravesado llevo en el Alma es el mal exemplo que a VV. RR. y a toda esta xristiandad he dado y así pido Humilladamente y con lágrimas en los ojos quando escribo estas letras que VV. RR. me perdonen y pidan perdón en mi nombre de la suerte que fuere posible a los que pudieren.

Los ornamentos y libros que se hallaren en casa de mi guésped y un cáliz de plata que está en casa de Manuel González se embiarán a la Provincia de Manila y este papel en que escribo; a n(uestro). Pe. P.I (Provincial) y a todos aquellos Pes. de la orden de N. Pe. S. Augin. Pido perdón por no aver en esta tierra tratado Ntro. Santo ábito con la decencia y exemplo que debía y no aver acudido a lo que la orden me tenía mandado con las veras que debía y pido humilmente envíen a esta nueva conversión ministros de tal vida y exemplo que volviendo por la honrra de Dios edifiquen lo que yo miserable tengo desedificado y N. Sr. guarde a todos Vs. Rs., como este menor hijo desea. De Nangasaqi, día del Santiss. Sacramto. 25 de Mayo de 617».

(Postdata): «Aunque yo estaba determinado de no dezir ninguna Razón de las que nos movieron a yr, porque la principal que a mí me movió era la obed.a., que digo tengo en este caso dada, pero quiero dar una y es que Algunos xristianos avían murmurado que los Pes. les persuadían a ellos que fuesen mártires y ellos huyan las ocasiones; pues pa. quitarles este error y que entiendan que no tememos los peligros y por su bien nos vamos a meter en ellos». (Firmado: Fr. Her.do de S. Joseph)⁸

8 Archivo de la Provincia de Filipinas-Valladolid.

Importante es el motivo de ir a Omura, manifestado ahora en la postdata: salir al paso de las críticas que corrían entre los cristianos; decían ellos que los misioneros animaban a los laicos cristianos a que fuesen valientes en la confesión de su fe, mientras los Padres misioneros «huían las ocasiones». Por tanto, había que hacerles ver que la crítica no tenía fundamento, de modo que ellos también se exponían al peligro por atenderles precisamente, como acababan de hacer fray Pedro de la Asunción y Juan Bautista Távora. La carta estaba dirigida, en primer lugar, a los PP. Fr. Francisco de Morales, Fr. Apolinario Franco y a todos los demás sacerdotes que aún continuaban en el Japón, pero también a sus Hermanos Agustinos que estaban en Filipinas.

EN CAMINO HACIA OMURA. PASIÓN Y MUERTE DE FRAY HERNANDO Y FRAY ALONSO

Pues bien, de acuerdo con lo que habían decidido, salieron aquella misma noche, tras recibir la visita del P. Francisco Morales, quien les aseguró que la decisión tomada de ir a Omura era obra de Dios. Salieron de Nagasaki, antes del amanecer y, como tenían pensado, se dirigieron a la casa de Pablo, fervoroso cristiano, que les acompañaría en el viaje. Allí les visitó de nuevo el P. Francisco Morales, quien les habló de las dificultades y los inconvenientes que podrían sobrevenir, tratando de fortalecer su espíritu; y reconociendo que era obra de Dios el fin que se proponían los despidió afectuosísimamente, no sin antes pedirles que se acordasen de él cuando gozasen de la presencia de Dios. «Iremos —le dijeron— a hacer nuestro oficio y el suceso será el que el Señor fuere seruido; que no tratamos de tan grande dignidad como ser mártires sino de ayudar a esta Chritiandad en lo que pudiéremos»⁹.

Aunque tenían previsto salir para Omura al amanecer del día 26, tuvieron que retrasar la salida por causa de la lluvia, retraso este que fue ocasión de que muchos cristianos, que se habían enterado de su propósito de meterse en aquel infierno, saliesen al camino a despedirse de sus queridos Padres espirituales y a pedir su bendición, ya que en la mente de todos estaba la convicción de que no regresarían con vida de la ciudad

9 M. Mançano, *Relación del martyrio...*, fol. 7.

a la que iban. De modo que, a plena luz del día, salieron en dirección a la ciudad de Ocoye, a la que llegaron al atardecer, tras recorrer las tres leguas que la separaban de Nagasaki.

Enterados también los numerosos cristianos que había en Ocoye, corrieron en masa por la noche, solicitando la confesión y la celebración de la Eucaristía, por lo que tuvieron que prolongar la estancia dos días más en los que estuvieron constantemente ocupados en confesar, predicar, bautizar y reconciliar a los que habían apostatado de la fe ante las persecuciones, exhortando a todos a perseverar, pues no eran pocos los que habían vivido momentos de debilidad por la prolongada ausencia de sacerdotes que les habrían animado a perseverar en la fe.

Ante el elevado número de cristianos venidos de toda la comarca levantaron un altar en pleno campo para que todos pudiesen asistir a la misa. En ella predicó el P. Hernando con tanta elocuencia, que conmovió e inflamó el corazón de sus oyentes en el amor de Cristo, al punto de que uno de los presentes que se había convertido en delator y perseguidor de los misioneros se sintió tocado por las palabras del predicador y, tras confesar públicamente su pecado y pedir perdón, salió reconciliado y dispuesto a dar su vida en defensa de la fe que había recuperado.

Había llegado el momento de despedirse, momento en que afloraron las lágrimas tanto de los fieles como en los dos sacerdotes; tenían prisa para llegar a Omura y había que reiniciar la marcha y se dirigieron al puerto de Nagaye, donde pensaban tomar un barco que les llevase a aquella ciudad. Conscientes de que las autoridades de Omura ya se habrían enterado de lo que estaba pasando y que mandarían prenderlos, decidieron vestirse con sus propios hábitos, cosa que no habían hecho desde el comienzo de su clandestinidad. El pueblo, acostumbrado a verlos vestidos así, estalló de júbilo y todos querían besárselo. Sabían, sin embargo, que aquella prenda los llevaría a la condena a muerte; lo bueno de todo es que sirvió para fortalecer la fe de todos ellos, al ver que sus queridos misioneros no tenían miedo alguno a dar su vida en defensa de la fe¹⁰.

Pasaron allí todo el día ocupados en las mismas tareas que en los días anteriores y, tras preparar un altar para celebrar la

10 Cf. M. Mançano, *op. cit.*, fols. 8-10.

misa al día siguiente, terminaron la jornada con el acostumbrado canto de la letanía y la salve. Comenzaba a anochecer cuando vieron aparecer cerca de la playa tres pequeñas embarcaciones; por las luces que llevaban todos pensaron que en ellas podían venir los encargados de prender a los misioneros; en todo caso, éstos comenzaron a cantar el himno *Te Deum laudamus*, agradeciendo a Dios el privilegio de dar su vida como premio a la predicación de Evangelio. Tras arribo de las embarcaciones, vieron que de ellas salían cinco personajes y, con ellos, un grupo de soldados armados con lanzas; eran, sin duda, los Jueces (Bugios), enviados por el Tono (Gobernador) de Omura, para prenderlos y comunicarles la sentencia.

Acto seguido, los misioneros fueron a su encuentro, saludándolos con los signos habituales de la cortesía japonesa, a lo que Jueces y soldados respondieron con una inclinación profunda. Hay que añadir que algunos de los enviados habían recibido el bautismo y habían apostatado de su fe. Tras los saludos, se acercó el P. Alonso Navarrete al Bugio principal y le hizo entrega de una carta que iba dirigida, precisamente, al Tono de Omura, cristiano apóstata también. Éste era su tenor:

«El Superior de la Orden de san Agustín y el Superior de la Orden de santo Domingo, andando escondidos, ayudando a esta Christiandad, supimos cómo auíades hecho martyrizar a dos Padres, de lo qual quedamos muy maravillados, porque semejante pecado en los Gentiles es muy grave, y en los que son bautizados es gravíssimo. Por lo qual, teniendo lástima (Señor) de vos y de vuestros vassallos, hemos venido aquí para amonestaros que tengáis dolor deste gran pecado y que os confeséis dél y que deis lugar y procuréis que vuestros vassallos se leuanten y conviertan, porque donde no, yréis al infierno sin remedio y primero quise embiaros esta carta delante, para que sirva de auiso»¹¹.

Recibió el Bugio «el papel y dixo que le daría», añadiendo a continuación: «Sentimos mucho venir aquí a llevar a cabo la misión que se nos ha encomendado y no podemos desobedecer las órdenes del Tono de Omura, bajo pena de muerte; él ordena que os arrestemos y os llevemos con nosotros». Oídas estas palabras, todos los cristianos presentes, prorrumpieron en grandes lamentos y gritos que manifestaban el afecto y la tristeza que inundaba sus corazones; no faltaron las palabras de

11 Citado por M. Mançano, *op. cit.*, fol. 10.

consuelo y de ánimo por parte de los dos misioneros, mostrándoles, además, su alegría por ser considerados dignos de ser perseguidos a causa de la predicación del Evangelio.

En ese mismo momento, dos fervorosos cristianos, Pablo y Gaspar, gritaron que también ellos debían ir presos con los religiosos, por haber desobedecido las órdenes del emperador, ya que los habían ocultado en sus casas. Querían compartir el destino de sus padres y maestros. Los Bugios no quisieron admitirlos, diciendo que no tenían órdenes para ello; sin embargo, esta pública confesión de fe les llevaría a correr la misma suerte pocos meses más tarde. Pablo los había hospedado en su casa la noche en que salieron de Nagasaki y se había ofrecido a acompañarlos a Omura.

Se aproximaba la hora del embarque. Los numerosos los cristianos que habían acudido, querían recibir, acaso por última vez, la bendición de sus queridos padres; después de dársela, les dirigieron unas breves palabras, exhortándoles a perseverar en la fe. A continuación, al iniciar los primeros pasos hacia el barco, la multitud rompió a llorar y lamentarse de tal manera que hasta los mismos encargados de llevarlos, entre los que había paganos y cristianos renegados, se sintieron profundamente afectados y tristes.

El P. M. Mançano cita en su obra algunas de las expresiones que pudieron escucharse en aquellos momentos: «¡O Santos mártires, para vosotros es la dicha que con tantas ventajas vais a gozar Dios para siempre!» «¡Cuytados de nosotros! Si se nos van los pastores, quales quedaremos en medio de los lobos carniceros?» «O Vomura, dueño que tal mandas, no te acuerdas que recibiste el agua del bautismo y que eres hijo de la Iglesia?»... «Dónde los lleváis, sacrílegos ministros? Por qué no nos lleváis en su compañía?» Y, a continuación de este pasaje, recoge la reacción de tristeza y pesar que habría tenido el Tono de Omura, cristiano renegado, como sabemos:

«O desdichado de mí, por todas las vías suelen los hombres, quando pecan, tener algún prouecho, o contento; pero yo hago este enorme sacrilegio, rompiéndoseme las entrañas de pena y el prouecho no puede ser otro, sino que me quiten la vida y el Reyno. Porque dexarlos predicar contra el mandato del Emperador cuyo executor soy, esme imposible; si los pongo en la cárcel, allí han de acudir tantos Christianos que ha de ser forçoso auer gran ruydo, contra lo que se me ha mandado y si los mato es degollarme porque, como tras las muertes de

los Christianos, salieron luego éstos, saldrán tras éstos, otros, y tras estos otros, todos los demás. Y no se sabiendo determinar, llamó a los de su consulta; de donde salió que el menor inconueniente era matarlos»¹².

El destino para la más que probable ejecución era un islote desierto, llamado Usuxima, distante cuatro leguas del punto de partida; corría el día 30 de mayo de 1617. La noticia de la prisión y de la casi segura condena a muerte de los misioneros había ido corriendo a lo largo de la costa, por lo que muchos cristianos en sus pequeños barcos de pesca fueron siguiendo al barco que los llevaba. Sencillamente querían acompañarlos en aquellos momentos y recoger alguna reliquia de quienes, para ellos, ya eran santos. Sin embargo, aún no había llegado la sentencia dictada por el Tono de Omura y había que esperar.

Mientras tanto, habían desembarcado numerosos cristianos, entre los que estaba también Magdalena, abuela del citado Tono de la ciudad y una hija suya, llamada María, ambas cristianas, y con ellas otros cristianos con el deseo de ver, consolar y confesarse con sus queridos misioneros. Con el fin de evitar el posible tumulto, pues no sólo eran cristianos los que habían acudido sino también paganos curiosos, decidieron trasladar a los prisioneros a otra pequeña isla llamada Amezgoa, prohibiendo que se aproximase cualquier embarcación, pero al ver que por allí había pescadores cristianos, los llevaron a Gozguke, otro islote un poco más alejado.

Poco tiempo después llegaba otro barco, en el que venía, precisamente, el Bugio, portador de la sentencia. Le acompañaban unos soldados que desembarcaban con dos cajas; en ellas venían los restos de los dos primeros mártires —fray Pedro de la Asunción y Juan Bautista Távora—, que habían sufrido el martirio ocho días antes. Habían sido desenterrados porque a sus sepulcros acudían numerosos cristianos a rezar y habían decidido hacerlos desaparecer arrojándolos a lo más profundo del mar, junto con los dos que ahora iban a ser condenados a muerte.

Sin embargo, nada decían a nuestros religiosos sobre la sentencia, por lo que estos mismos les pidieron que se la comunicasen, diciéndoles que no les causaría pena alguna el oír-

12 M. Mançano, *op. cit.*, fol. 129.

la. Finalmente, el Bugio principal, movido a compasión y con voz temblorosa, les dijo: «Padres míos, el Tono nos manda cortar vuestras cabezas, porque habéis predicado el Evangelio y la Ley de los cristianos contra los edictos del Emperador que lo prohibían y así, preparaos porque se ejecutará pronto la sentencia». Oído lo cual, exclamó el P. Hernando: «¿Eso rehusabais decirnos? ¿Hay nueva más alegre en el mundo?» Luego les preguntaron: «¿Quiénes sois los que vais a acabar con vuestras vidas? No creáis que os vamos a guardar rencor»¹³. Y una vez que les dijeron quién iba a ser su ejecutor, cada uno de ellos abrazó al suyo. Y en agradecimiento mandaron traer un poco de vino que llevaban para la celebración de la misa y echándolo en dos tazas y alzándolas —ceremonia propia del Japón— se las dieron a beber cada uno al suyo.

El islote, a pesar de las prohibiciones, se había inundado de cristianos, por lo que los jefes decidieron en la noche del 31 de mayo trasladar a los condenados a otra isla más solitaria, llamada Tacaxima. Al desembarcar, se dieron cuenta de que algunos cristianos habían conseguido subir al barco sin licencia alguna, de modo que lo primero que hicieron fue meterlos en otro barco junto con Tomás y Juan, a los que habían permitido hasta entonces acompañar a los Padres, obligándolos a marchar de allí. Llenos de tristeza estos buenos cristianos, rompieron a llorar al tener que separarse de sus queridos Padres. «No lloréis, hijos míos —les dijo el P. Hernando—, que esta muerte es el camino para alcanzar la vida eterna»¹⁴.

Aún quedaba tiempo para la ejecución de la sentencia, por lo que nuestros dos héroes solicitaron que, además de rezar, les permitiesen escribir algunas cartas, licencia que les fue otorgada. No se olvide que algunos de los Bugios y de los soldados eran cristianos renegados y se sintieron muy afectados; de ahí aquella actitud complaciente. La carta redactada por fray Hernando en aquella ocasión está dirigida a todos los sacerdotes que continuaba trabajando en el Japón; bien puede ser considerada como su testamento espiritual. Éstos son sus párrafos más importantes:

«Jesús, María, Joseph. Carísimos Padres, a todos V.RR. y despidiéndome de todos y pidiéndoles perdón del mal exem-

13 M. Mançano, *op. cit.*, fol. 14.

14 Id., *ibid.*

plo, que les he dado, considerando tan señalada merced, como Dios ha hecho a un hombre, que tantas y tan graves ofensas ha cometido contra su Divina Magestad, y buscando alguna causa desto, no hallo otra sino las que dixo Christo en nombre del Padre de Familias contra los que murmuravan de la gran paga que dava a los que havían trabajado poco: *¿No me es lícito disponer de mis bienes como me parece?* Suyo es todo y dalo a quien quiere y como quiere.

Supuesta ésta como causa total y principal, podría ser que me hayan ayudado dos cosas, que diré para gloria de Dios y para que quizás alguno se aproveche. La primera es aver tenido particular amor a todas las Religiones que están en Japón; y sentir mucho qualquier agravio que les hiziessen o quisiesen hazer; y el oír murmurar de qualquiera de ellas o oír tratarlas con poca afición y voluntad. La segunda, la mucha devoción que he tenido a las Ánimas del Purgatorio, a quienes con el ayuda de Dios he dicho y hecho decir, después de sacerdote, más de tres mil Missas; y de algún tiempo a esta parte, no sé si ha dos o más años, haberles aplicado casi todas las Misas, sin tomar para mí nada...

Y ahora veo ha dispuesto nuestro Señor las cosas de manera que no es necessaria satisfacción ninguna por mis pecados y hálleme con toda la limosna hecha; que me pagará muy bien quien me ha hecho tanta sin deber nada. Bien sé que si Dios pussiera sus ojos en mis pecados, ni éstas ni otras razones fueran bastantes, no digo a hacerme algún bien, pero ni aún a estorbar vn gran castigo; es ésa la inmensa bondad suya y el gran amor que nos tiene que apartando los ojos de las ofensas que contra Él se hazen, se paga de unas niñerías, que por Él hazemos, siendo, como es, todo lo más suyo.

Lo que yo pido a V.R.R. por esta misericordia y amor, es gran Hermandad y gran conformidad de voluntades, mucho amor entre sí; pues tanto nos lo pide y manda nuestro Maestro y Señor; que haziendo esto, yo confío que esta Christianidad irá muy adelante, y los Ministros harán en ella mucho servicio a nuestro Señor; que guarde a V.R.R. y les conceda su gracia como este hijo de V.R.R. dessea. En esta Funea, oy Jueves, después de media noche y después de havernos dicho cómo nos mandan matar, primero de Junio de 1617. Fray Hernando de San Joseph»¹⁵.

Tampoco podía olvidarse fray Hernando de sus queridos Padres Dominicicos con los que había convivido estrechamente

15 J. Sicardo, *Christianidad del Japón*, p. 150-151

sobre todo desde que se había quedado él solo. El brevísimo saludo que va al final de la carta está firmado por él, pero también en nombre de su querido compañero de martirio, el P. fray Alonso Navarrete. Dice así: «Jesús – Mis Padres, ¡adiós! Ya nos han notificado la sentencia de muerte. No nos olvidaremos de V. RR. Sirvan muy de veras a un Dios tan bueno, que usa tan grandes misericordias. Hoy jueves, primero de Junio de 1617. Fr. Hernando de san Joseph». A continuación, el encargado de ejecutar la decapitación se acercó al P. Hernando, el cual tomó un crucifijo en una mano y en la otra un rosario y una vela encendida, se arrodilló y pidiéndole la catana con la que iba a ser degollado, la besó, la puso sobre su cabeza y, dirigiéndose a cuantos se hallaban presentes, les dijo:

«Nosotros venimos, como sabéis, de lejanas tierras, dejando padres y parientes, no a buscar riquezas, ni a quitar Reynos, sino a daros el del Cielo con enseñaros el camino Real para ganarle; no entendáis que nos falta juicio por habernos ofrecido voluntariamente a la muerte, pues estimamos la vida sobre las cosas deste mundo; y el perderla ahora de nuestra voluntad es porque por este camino hemos de conseguir los bienes eternos, que esperamos alcanzar. Volveos, pues, a Dios, hermanos y amigos; y entended que todo lo que no es amarle y servirle es ceguedad y locura. Advertid y tened entendido que esta muerte que padecemos es una carta viva, firmada con nuestra sangre, que en España y en Roma clamará, para que vengan nuevos Ministros Evangélicos a este Reyno. Sabed, por último, que por cada uno de nosotros que quitáis la vida han de venir ciento a predicaros en Evangelio»¹⁶.

Dichas estas palabras, pidió le permitiesen orar unos instantes, indicando al verdugo que cuando levantase la mano era el momento en que podía ejecutar el golpe. A todo había ido accediendo él y también aceptó la última petición, de modo que cuando fray Hernando hizo la señal, el complaciente verdugo descargó el golpe, cortándole de un solo golpe la cabeza. Casi los mismos gestos se repitieron en la decapitación del P. Alonso Navarrete; únicamente su verdugo, acaso llevado por los nervios, erró el golpe y hubo de repetirlo. Hay que añadir que, a pesar del empeño para que ningún cristiano presenciase la muerte, allí habían quedado algunos por creer que eran infieles y otros que, ignorando que eran cristianos, se habían ofrecido como remeros.

16 Id., *op. cit.*, p. 152.

Y DESPUÉS, ¿QUÉ?...

Los cuerpos de ambos fueron colocados en las mismas cajas de los citados mártires que habían sido desenterrados y traídos aquí para junto con estos dos echarlos al fondo del mar, donde los cristianos no pudiesen encontrarlos. El agustino fue colocado en la del P. Pedro de la Asunción y el dominico en la del P. Juan Baptista Távora. Para conseguir su objetivo sujetaron unas enormes piedras a cada una de las cajas y las arrojaron donde se encontraba la mayor profundidad. Con ellos había sido también decapitado el cristiano laico León, cuyo cuerpo fue metido en un saco y, atándole varias piedras, fue arrojado en el mismo sitio.

Tuvo lugar el glorioso triunfo de ambos mártires el día 1 de junio, Octava de la festividad del Corpus del año 1617; por lo que se refiere a nuestro fray Hernando de san José Ayala, después de 12 años de fecunda actividad misionera en Japón. Refiriéndose a los dos, comenta el P. J. Sicardo:

«La constancia destes santos y la excelencia de sus virtudes motivó gran devoción a sus sagradas reliquias, no sólo en los cristianos sino también en los que no seguían la Religión Católica; pues éstos, no menos confusos que admirados, aun aviendo sido executores de su martyrio y siendo renegados bañaron los pañuelos y muchos papeles en la sangre de tan inocentes corderos y les cortaron pedazos de Ávitos que guardaron por reliquias, diciendo que algún día se convertirían a Dios por virtud de ellas»¹⁷.

Pero a lo que no se resignaban aquellos fervorosos cristianos era a perder aquellos benditos restos para siempre e inmediatamente comenzaron a intentar recuperarlos, para lo que, sobre todo durante los tres primeros meses se organizaron frecuentes expediciones desde Nagasaki, provistas de toda clase medios sin que se consiguiese resultado alguno. En una de ellas, incluso, fue como jefe el mismo hijo del Tono de Nagasaki, Andrés Tocoan, que también fracasó en su intento; lo que sí le valdría su ferviente fe cristiana fue para llevarlo más tarde al martirio.

Se habían perdido, casi por completo, las esperanzas de recuperar aquellos cuerpos, cuando, pasados seis meses, vino a

17 J. Sicardo, *op. cit.*, p. 153.

aparecer «milagrosamente» flotando en el agua, muy cerca de la costa, una caja que, recogida por unos pescadores cristianos y abierta, pudieron ver que contenía dos cuerpos, que no tardaron en ser reconocidos como los de los Padres Hernando de san José y Pedro de la Asunción. Ninguno de ellos había sufrido deterioro alguno. En medio de todo ello se hizo común esta certeza: Dios había querido premiar la fe y el fervor de los numerosos cristianos que durante aquellos meses los habían buscado con todos los medios a su alcance.

Los benditos restos del P. Hernando fueron llevados a Nagasaki y guardados en la casa del Hermano mayor de la Cofradía de la Correa, mientras que de los del P. Pedro se hicieron cargo los Hermanos del Cordón de san Francisco. La casa de la Cofradía de la Correa se transformó en verdadero santuario, al que acudían los fieles, con todo sigilo, para encomendarse a nuestro bendito mártir. Hay que subrayar, además, el hecho de que todos aquellos acontecimientos —la actitud valiente de los dos misioneros, su martirio y la recuperación de sus restos— tuvieron como consecuencia una fervorosa reacción de los cristianos japoneses en el sentido de no ocultar su condición creyente e incluso la reconciliación de muchos que cobardemente habían apostatado, así como un notable aumento de los que pedían el bautismo.

Por otra parte, el citado Mayordomo de la Cofradía, en su nombre y en el de los Hermanos de la misma, no tardaría en escribir al P. Provincial de los Agustinos de Filipinas. Éstos son los términos de la carta:

«Jesús y María moren siempre en el alma de V. P.:

Humildemente escribimos ésta a V.P., en que le deseamos dar una gran nueva; a Dios gloria y alabanzas; a V.P. suma alegría y a nosotros, hijos de V.P., gran consuelo. — A los 28 de la cuarta luna de este presente año, fue nuestro P. Fr. Fernando de san José martirizado por la fe de nuestro Señor Jesucristo. Tenía el nuestro Padre ordenada una Cofradía de gran devoción; y así fue nuestro Señor, por su particular providencia, darnos su bendito cuerpo entero. Nosotros, los Hermanos de dicha Cofradía e hijos de V.P. lo tenemos con mucho recaudo, cuidado y reverencia que el bendito cuerpo merece, en buena memoria de su bendita muerte.

Enviamos a V.P. una parte de su hábito que trajo puesto hasta su muerte; deseábamos enviar a V.P. el bendito cuerpo, pero como acá no está ningún religioso de la Orden, nos pare-

ció razón y justicia quedase hasta que el Padre Fr. Bartolomé Gutiérrez venga acá para consuelo nuestro; que quedamos como ovejas sin Pastor que nos guarde; así que, a lo menos por ahora, nos consolamos con la presencia del bendito cuerpo, ante quien pedimos y rogamos que sea nuestro abogado delante de su Divina Majestad. Esta es la causa porque no le enviamos a V.P.

Y así, para el año que viene suplicamos a V.P. nos envíe al P. Fr. Bartolomé Gutiérrez o al P. Fr. Estasio. Mucho hay que decir acerca de este negocio; pero como enviamos dos personas, Benito y Marcos, con la carta que el bendito Padre escribió a V.P. a ellos nos remitimos. – La bendición de V.P. nos cubra; cuya vida y estado nuestro Señor aumente. De Nagasaki, a los 26 de la décima Luna. Vocamura y Chibioye, Mayordomos, con los demás Hermanos de la Cofradía»¹⁸.

Sobre los restos de nuestro santo mártir éstas son las informaciones que se recogieron posteriormente: al principio fueron pasando de un lugar a otro por el peligro de que fuesen localizados por las Autoridades niponas y las hiciesen desaparecer; incluso durante algún tiempo estuvieron también con los Terciarios del Cordón de San Francisco. A continuación pasaron a manos de los portugueses, quienes las trasladaron a Macao, entregándoselas a Doña Catalina de Noronha, viuda de don João de Vieira, la cual dejó ordenado que a su muerte se las entregasen a los Padres Jesuitas de la colonia portuguesa. Éstos se las entregaron al agustino portugués João das Chagas, quien decidió traerlas a España. Trasladas a México, de aquí salieron para España y el barco en que venían se encontraba ya cerca de la Habana (Cuba) cuando un corsario francés se apoderó de él, perdiéndose con el cargamento las reliquias de nuestro mártir.

Con antelación al traslado del cuerpo, los pies ya se habían enviado a España. Uno de ellos vino destinado al Convento de san Pedro de Marchena y el otro al convento de los Padres Dominicos de Almagro; lo había solicitado el P. fray Alonso de Ayala que era primo-hermano de fray Hernando y, a la sazón, prior del convento de Nuestra Señora del Rosario de la citada ciudad manchega. Considerados también como reliquias, se guardaban algunos objetos que pertenecieron al Beato; entre

¹⁸ Citado por M. Jiménez, *Mártires Agustinos del Japón*, Valladolid 1867, p. 25.

ellos estaban dos breviarios y algunas cartas autógrafas (una de ellas está reproducida en páginas anteriores). En las revoluciones y guerras, tanto en España como en Filipinas, habrían desaparecido no sólo sus restos sino casi todos los objetos relacionados con nuestro mártir.

Como resumen de un mucho de lo que fue, hizo y vivió fray Hernando de san José Ayala aquí está el vibrante testimonio de fray Jacinto Orfanel, religioso dominico, testigo muy cercano a nuestro mártir y mártir también él mismo, unos meses más tarde; y de ahí el gran valor de su testimonio. Se trata de una carta suya dirigida desde el Japón, donde él se encontraba, a Fray Alonso de Barahona, Provincial agustino de la Provincia de Filipinas. He aquí algunos de sus párrafos más importantes:

«Jesús sea en nuestras almas. La ocasión que se me ofrece es tal que, aunque parezca atrevimiento, no puedo dexar de dar a V. R. el parabién y dichosas nuevas del martirio del Santo Fray Hernando de San Joseph; y hazer a V. R. participante del gozo que acá tenemos en lo que hemos visto. Salieron los dos Santos prelados Fray Hernando y Fray Alonso Navarrete, Vicario Provincial nuestro, al Reyno de Omura, a volver por la honra de Dios y a ayudar a aquella Christiandad que con la sangre de los dos Santos Mártires primeros estaba muy movida y fervorosa.

Fueron presos y cortadas las cabeças; con que han quedado los Gentiles atónitos y esta Christiandad tan alentada que los que solían temer por quatro, ya son los primeros en qualquiera ocasión que se ofrece. De manera que sin dificultad ninguna se puede decir que se han hecho de mayor entendimiento y penetrado más las cosas de nuestra Fe en los Japones con la muerte de los gloriosos Mártires que en setenta años que se les predica; porque, aunque se ha hecho y trabajado mucho, no hay sermón que así persuada lo que el hombre quiere, como dar la vida por lo que se predica.

Fue su santo martyrio el primero de junio de este año de 1617, y ocho días antes, a 22 de Mayo avía sido el de los Mártires Fray Pedro de la Asunción, francisco, y del Padre Juan Bautista Tavera, de la Compañía de Jesús; que quiso el Señor tomar uno de cada Religión, de las que están en el Japón, para consolarlas y animarlas con la esperanza de tan grandes cosas, viendo a sus hermanos tan honrados, con quienes cada día trataban, rezaban y aún holgaban.

El Santo Fray Hernando, quando partió para Omura, diéndole un Religioso ¿qué le dexava por si era Mártir? Repondió risueño: calle, que si soy Mártir yo le enbiaré un diente; y

fueron su camino en hora buena para ellos. Cosas grandes verá V. R. en una relación que enbía nuestro Padre Provincial Fray Francisco de Morales, a que me remito. Yo sólo digo que estos Santos quatro Mártýres son como quatro muy resplandecientes Estrellas que están centelleando y dando luz a esta Christiandad, animándola con su exemplo y dexándola a sus Hermanos con su sangre.

.....

El Santo Mártir Fray Hernando tenía aquí (en Nagasaki) bien puesta la Cofradía de la Cinta, así de hombres como de mujeres; de acá acudimos de quando en quando a decirles Misa y confessarlos; y el año pasado que el Santo Fray Hernando estuvo ausente y este que está en el Cielo me cupo a mí decirles Misa el día de nuestro Padre San Agustín, y puse nuevos oficiales, como se suele hazer todos los años. Fue en la casa donde tienen el santo cuerpo; está con decencia en una caja de madera, debaxo de un Altar; la causa porque no le envían, ellos la devan escribir a V.R. y el hermano Fr. Andrés. Ello somos tan pocos ministros, que ya no podemos con la carga. V.R. no se olvide a su tiempo de enbiar también ayuda, para llebar adelante lo tan bien comenzado.

.... Era el Santo Fray Hernando muy amigo de todos y amava igualmente a todos los Religiosos y a mí me hizo siempre muy particular amistad. Por lo qual y por muchas otras obligaciones que yo tengo a essa Sagrada Religión (la Orden de san Agustín), aunque soy de Santo Domingo, me tenga V. R. por muy hijo suyo... A quien Guarde Dios muchos años. Nagasaki y Noviembre, 28 de 1617. Siervo de V. R. Fray Jacinto Orfanel»¹⁹.

Ciertamente, el valor y la fortaleza con que nuestros dos mártires ofrendaron su vida, alentaron la fe y el fervor de los cristianos, al punto de llenar de asombro a los no cristianos, pidiendo no pocos el bautismo. La decisión que habían tomado de ir a Omura para atender a las necesidades de aquellos cristianos, sabiendo el peligro que iban a correr hizo que se desvaneciese el temor que se había apoderado de todos ellos y que les habían llevado a renegar de la fe. Y tal fue la mudanza que, al saber de la decisión tomada de ir a Omura, numerosos apóstatas, arrepentidos, volvían al seno de la Iglesia Católica.

Pero fue, sobre todo, después del martirio, cuando se multiplicaron no sólo estos casos, sino el aumento de los bautiza-

19 Citado por J. Sicardo, *op. cit.*, p. 154-156.

dos, a sabiendas del peligro que corrían. Una vez más se cumplían aquellas palabras de Tertuliano «la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos», muchos de los cuales, junto con los nuevos misioneros que habían ido llegando, iban a ser también mártires.

* * *

EPÍLOGO. BEATIFICACIÓN DE 205 MÁRTIRES DEL JAPÓN

Roma, 7 de julio de 1867

Muchos, muchísimos más de los 205 beatificados, fueron los que sufrieron persecución y murieron en defensa de su fe en el Imperio del Sol Naciente a lo largo del siglo XVII; y entonces, ¿por qué sólo éstos fueron los beatificados? – Al no hallar ningún documento en que pudiese figurar la respuesta, hay que concluir que sólo de los 205 se habría conseguido reunir una documentación completa y suficiente para probar su martirio; documentación ésta de no pocos, que sí se pudo completar posteriormente y que llevó en los siglos XX y XXI a varias otras beatificaciones e incluso canonizaciones de los que también habían sido martirizados en el citado siglo XVII. Valga citar, tan sólo entre nosotros, los Agustinos, los casos de Magdalena de Nagasaki, de la Tercera Orden, beatificada en 1981 y canonizada en 1987 o del P. Tomas Jihyoe de san Agustín (Kintsuba), beatificado en 2008.

Por lo que se refiere al martirio de nuestro Hernando de san José Ayala, en el proceso que se llevó a cabo para su Beatificación aparecen las pruebas siguientes: 1. De los 38 testigos que aparecen, cuatro de ellos son de vista, catorce que afirman haberlo oído a testigos de vista y los restantes dicen saberlo por ser una cosa pública y notoria y por relaciones fidedignas; 2. Por una carta de su compañero de martirio, fray Alonso Navarrete, escrita momentos antes de su muerte; 3. Por las relaciones del P. Fr. Alonso de Mena y del P. Fr. Francisco de Morales; 4. Por una relación del P. Camilo Constanza; 5. Por otra relación del P. Fr. Diego Collado, misionero en el Japón²⁰.

Antes de entrar en la Crónica de la Beatificación de los 205

20 Cf. M. Jiménez, *Mártires Agustinos del Japón*, p. 62.

mártires, un recuerdo muy especial para varios otros religiosos agustinos que, dedicados al apostolado misionero en tierras japonesas, pasaron por mil sufrimientos, aunque no sufrieran muerte violenta. Encabezan la lista los dos fundadores de la misión: **fray Diego de Guevara** y **fray Estasio Ortiz**; el primero, después de trabajar allí durante algún tiempo y fundar un convento en el Bungo, fue nombrado obispo de Nueva Cáceres (Islas Filipinas), mientras que Fr. Estasio fue fundador del segundo convento en la ciudad de Usuki. A ellos siguieron los Padres: **Fr. Francisco de Gracia**, **Fr. Tomás de san Agustín**, **Fr. Miguel de san José**, **Fr. Martín de san Nicolás**, **Fr. Melchor de san Agustín**, **Fr. Silvestre Torres**; **Fr. Alonso Giménez** pasó a trabajar al Japón como sacerdote y allí profesó como agustino en el convento de Nagasaki.

No podemos olvidarnos tampoco de los Padres **Fr. Juan Damorín** y **Fr. Francisco Osorio** los cuales, antes incluso de iniciar su misión en el Japón, murieron alanceados en el momento mismo de desembarcar en el puerto de Nagasaki. Tampoco podemos dejar de citar al **P. Pedro Montejo** que, obligado por asuntos relacionados con la misión en la que trabajaba en Japón, tuvo que viajar a las Islas Filipinas; habían llegado a mar abierto, cuando la embarcación fue abordada por un barco holandés, de cuya tripulación formaban parte algunos herejes calvinistas quienes, fanatizados anticatólicos, decidieron asesinarlo por sola su condición de sacerdote católico y español.

Anticipamos ahora los nombres de los miembros de la Orden de san Agustín que fueron beatificados entre los 205 Mártires, beatificados en el día 7 de julio de 1867. Fueron éstos: **fray Hernando de san José**, **fray Pedro de Zúñiga**, **fray Bartolomé Gutiérrez**, **fray Francisco de Jesús**, **fray Vicente de san Antonio** y el joven profeso japonés **fray Juan Chocambuco o de san Agustín**; a ellos hay que añadir los siguientes cristianos pertenecientes a la Tercera Orden de san Agustín: **Mancio Xexixaymon**, **Miguel Chinosi**, **Lorenzo Xixo**, **Pedro Cuyo**, **Tomas Cafioye** y el hospedero, Catequista del P. Hernando de San José y mayordomo de la Cofradía de la Correa de san Agustín, **Andrés Yosinda**. La fiesta litúrgica de todos ellos se celebra el día 28 de septiembre.

Ceremonia de la Beatificación

«Esta Beatificación —pondera inicialmente el cronista— se ha hecho con mucha más pompa que de costumbre. Los cuadros de la tribuna fueron reemplazados por otros que representaban diversos milagros obrados por intercesión de los venerables mártires. Delante de la cátedra de san Pedro se colocó un magnífico cuadro, en el que figuraban los bienaventurados, gozando de la vista de Dios».

Los actos comenzaron a las diez de la mañana con la entrada en la Basílica del Cardenal Patrizzi, Prefecto de la Congregación de Ritos que, acompañado de los miembros de la misma Congregación, fue a ocupar el sitio que tenía reservado en el Coro. Por su parte, el Capítulo de san Pedro con su Arcipreste, el Cardenal Mattei, a la cabeza, ocupó el lugar asignado por el Ritual. Acto seguido, dio inicio la ceremonia de la Beatificación con la presentación, por parte del Secretario de la Congregación de Ritos al Cardenal Patrizzi, del Breve Apostólico de la Beatificación, pidiéndole autorización para hacerlo publicar solemnemente en la forma de costumbre, después de haber referido, a grandes rasgos, en un breve discurso, los méritos de los Venerables Mártires.

A continuación el Prefecto de la Congregación de Ritos concedió el permiso solicitado, tras pedir, a su vez, el parecer al Cardenal Arcipreste de la Basílica de San Pedro, el Cardenal Mattei. Acordado el consentimiento, el Breve Apostólico fue puesto en manos de uno de los Prelados asistentes, el cual desde lo alto de un púlpito colocado al lado de la Epístola, lo leyó a los fieles que llenaban la Basílica.

Por su parte, el Notario de la Congregación de Ritos, en cumplimiento de los deberes de su cargo, extendió el Acta auténtica de todo lo que acababa de pasar.

Publicadas, pues, las Letras Apostólicas, los 205 mártires del Japón, ya Beatos a los ojos de la Iglesia, fueron objeto de la veneración de todos los fieles. El cañón del Castillo de Sant-Ángelo resonó y al mismo tiempo dio inicio un repique general de campanas, recorriéndose el velo que cubría el cuadro de los Bienaventurados. Sus reliquias fueron expuestas sobre el altar y todos los asistentes cayeron de rodillas para invocar a estos nuevos protectores de la Iglesia, entonándose en seguida el himno compuesto al efecto y que causó la admiración de todos los presentes.

Inmediatamente después comenzó la misa del común de Mártires, que fue celebrada por el Ilmo. y Rmo. Mons. Pucchor Passavalli, Arzobispo de Ivonium y Vicario de la Basílica de San Pedro. Esta misa fue acompañada por una excelente música, dirigida por el caballero Salvador Melluzzi, maestro de la capilla Julia. Mientras tanto se repartían a los fieles grabados de los mártires beatificados y libros con sus vidas y los relatos de sus martirios.

Por la tarde, a las siete el Sumo Pontífice (Pío IX), acompañado de los Prelados y oficiales de su casa, se presentó con los miembros del Sacro Colegio de Cardenales, todos en traje encarnado y, juntos, veneraron las reliquias de los Bienaventurados, encomendándose a sus poderosas oraciones.

Los Postuladores de la causa, acompañados de diversos Prelados de las Órdenes, a que pertenecieron los Bienaventurados Mártires, se aproximaron al Padre Santo, poniéndose ante él de rodillas y dándole las más respetuosas gracias por haberse dignado conceder los honores del culto público a los doscientos cinco Bienaventurados Mártires del Japón. Al mismo tiempo ofrecieron al Papa un magnífico relicario que contenía reliquias de los bienaventurados, la historia de su vida y de sus martirios y un precioso ramo de flores naturales.

Algunos instantes después el Sumo Pontífice se retiró con los miembros del Sacro Colegio y los Prelados de su corte, a través de la multitud de fieles que llenaba la Basílica y que imploraba de rodillas la bendición del Vicario de Jesucristo. Un buen número de Obispos extranjeros asistió a la fiesta de la mañana y a la de la tarde.

Todos los 205 beatificados habían sufrido el martirio desde el año 1617 al año 1632. Además de los miembros de las cuatro Órdenes religiosas (Franciscanos, Dominicos, Agustinos y Jesuitas), todas las clases de la sociedad japonesa tienen la dicha y la honra de contar, entre sus miembros, alguno de estos heroicos atletas de la fe²¹.

Teófilo VIÑAS ROMÁN, O.S.A.

21 Resumen del P. *La Esperanza*, cf. M. Jiménez, *op. cit.*, 9-12.